

VIDA RELIGIOSA Y MIGRACIÓN FORZADA

**P. Eduardo
Soto Parra, SJ***

Resumen:

En medio de un mundo cada vez más deshumanizado y violento, este artículo propone una coincidencia de horizontes entre los migrantes forzados y las comunidades de vida consagrada, lo cual posibilita un encuentro entre ellos como sujetos impulsados por el Espíritu de Jesús hacia una mayor humanidad. Esto posibilita un cambio de actitudes, tal y como le ocurrió a Jesús de Nazaret en su encuentro con la mujer Sirofenicia (Mc 7, 24-30). Desde ese cambio de actitudes, la dramática realidad de la migración forzada se convierte en una oportunidad creativa para forjar fraternidad tal y como lo ha manifestado el Papa Francisco en su reciente encíclica *Fratelli Tutti*.

Palabras Clave: Humanización, Consagrados, Migrantes Forzados, Fraternidad, Dignidad.

La adecuada adaptación y renovación de la Vida Religiosa (...), habrá de promoverse, bajo el impulso del Espíritu Santo y la guía de la Iglesia, teniendo en cuenta los principios siguientes:

Promuevan los Institutos entre sus miembros un conocimiento adecuado de las condiciones de los hombres y de los tiempos y de las necesidades de la Iglesia, de

*Es Jesuita, Sacerdote, Abogado (UCAB), Especialista en Derecho Administrativo (UCAB), Licenciado en Teología (ITER-UCAB), Magister en Filosofía (USB) y Doctor en Paz y Conflicto Social (Universidad de Manitoba, Canadá) con más de 20 años de experiencia en el acompañamiento de personas y comunidades en situación de vulnerabilidad. Actualmente se desempeña como Director Nacional del Servicio Jesuita a Refugiados JRS-Venezuela.

suerte que, juzgando prudentemente a la luz de la fe, las circunstancias del mundo de hoy y abrasados de celo apostólico, puedan prestar a los hombres una ayuda más eficaz¹.

La migración forzada como fenómeno relevante del Siglo XXI

Desde tiempos ancestrales, los seres humanos siempre se han desplazado de un lugar a otro en busca de una mejoría en su situación o huyendo de peligros inminentes. Sin embargo, la condición masiva y las particularidades en las cuales esa migración se está dando a escala planetaria hacen que la Movilidad Humana sea uno de los fenómenos sociales más importantes del Siglo XXI. Este fenómeno generalizado impacta el modo como se conforman las familias, las comunidades y la sociedad en general. Ahora bien, no toda movilidad ocurre por las mismas causas y genera las mismas consecuencias en las personas que migran, ni en las sociedades o comunidades que reciben a esos nuevos miembros, seguramente trayendo consigo modos distintos de relacionarse con los demás y de satisfacer sus necesidades.

Dentro del grupo de las personas desplazadas, se destacan

¹ *Perfetae Caritatis* 2.

aquellas que lo han hecho, no por propia y libre voluntad, sino que se han visto forzadas a cambiar de sitio y, por ende, de vida. Esto indudablemente comporta restricciones, dificultades, sacrificios, sufrimientos, incertidumbres, vejaciones y heridas por parte de las personas o familias que han tenido que abandonar forzosamente su hogar con el fin de huir de una situación que sencillamente ya no pueden tolerar o que, incluso, puede poner en riesgo su vida.

Ante esta situación, la comunidad internacional, inspirada en historias y principios bíblicos, ha respondido a muchos de estos casos con la creación de la institución del 'refugio', obligando a los estados nacionales receptores de estas personas a recibirlos, a no devolverlos a los países de donde salieron, a darles asistencia y a procurar la reunificación con sus familias. Estos convenios de derecho internacional humanitario han sido recogidos en la mayoría de las naciones del mundo, con mayor o menor énfasis en la protección que debe ofrecerse.

Sin embargo, dada la enorme responsabilidad económica y política que comporta el reconocimiento de una persona o comu-

nidad como refugiada, muchas veces los estados tienden a ‘invisible’ a sus refugiados, haciéndolos parecer como migrantes voluntarios o incluso los dejan en una zona gris, que dificulta el otorgamiento del estatus que les permitiría gozar de la protección internacional y nacional que su situación moral y jurídica exige.

La búsqueda de un horizonte de mayor humanización en las comunidades de migrantes forzados

La situación de los migrantes forzados, por lo antes expuesto, es dramática. Muchos se debaten entre quedarse en el lugar donde están permanentemente amenazados por la aniquilación de las posibilidades (situación de muerte física o espiritual) o salir y enfrentarse a una nueva cultura y realidad en donde la vida tampoco se garantiza, pero al menos existen algunas posibilidades abiertas. La fractura del Estado y de la sociedad no se experimentan personal o colectivamente de modo tan grave como en el país expulsor. El migrante forzado huye, en términos generales de una negación práctica del Dios de la Vida y de sus virtudes: Fe, Esperanza y Caridad. El migrante que deja su hogar, al menos temporalmen-

te, ya no se siente protegido o amado, por su país. Ha perdido la esperanza en ese país y no cree que las cosas vayan a transformarse para mejor. Para llegar a esos niveles de desesperanza y de increencia, muchas veces las limitaciones materiales e incluso la negación del ‘Pan Nuestro de cada día’ han sido reiteradamente experimentadas.

Otro de los elementos que genera la situación de desesperanza y que impulsa la migración forzada, es la normalización de la violencia. La violencia que viene del Estado, de estructuras familiares injustas, de racimos socialmente ‘justificados’, de economías precarias y en situación liminal con la criminalidad, que hace parecer la defensa de la propia dignidad humana como que solo pueda preservarse mediante la huida. Esto se acentúa con la impunidad y el resquebrajamiento de los tejidos sociales tradicionales, que, de alguna manera preservaban al individuo de la deshumanización creciente en espacios políticos y públicos a los cuales va a ir teniendo mayor acceso en su vida adulta.

Por todo esto, los migrantes forzados, al desplazarse, responden a un impulso del Espíritu que

nos invita a una mayor y mejor humanidad. Una humanidad que sienten irrespetada y negada para ellos como individuos, para sus familias y comunidades en su lugar de origen, y que perciben puede ser alcanzada en el lugar de acogida. Migrar es la acción de alguien que quiere vivir con dignidad, tal y como Dios espera que todas/os vivamos. Sin embargo, existe el riesgo de que ese impulso no haya sido adecuadamente discernido y responda a expectativas no realistas que darán lugar a la frustración y a la rabia, por la premura o la propia historia personal que impacta el modo en cómo cada uno entiende esa 'dignidad'.

Solo quienes cuentan en su acervo personal, familiar y colectivo con narrativas y relaciones de humanización vividas y experimentadas, aun en medio de situaciones desesperadas de carestía y abandono, podrán mantener su condición plenamente humana, la cual se mostrará en la medida en que se den las condiciones para que esta pueda brillar en todo su esplendor. Las numerosas historias de refugiados que han logrado una plenitud humana y el reconocimiento de esa plenitud en los países de acogida, dan testimonio de ello.

La Vida Religiosa como testimonio de un horizonte más humano desde el seguimiento radical de Jesús de Nazaret

Este anhelo de vivir y experimentar la plenitud de lo humano no es ajeno a la Vida Religiosa. La consagración de mujeres y hombres a Cristo dentro de la Iglesia es realizada por ellos, dentro de la fragilidad que como seres humanos experimentamos, siempre desde la esperanza de que es posible, con el auxilio de la Gracia, vivir radicalmente al modo de Jesús de Nazaret, modelo eximio de humanidad. En un mundo en donde la deshumanización no es exclusiva de los países expulsores de migrantes, sino que permea todas las estructuras sociales a escala global, esta llamada se hace más evidente y necesaria.

La Vida Religiosa, aunque no exclusivamente, se vuelve levadura que fermenta la masa (Lc 13, 20-21) de la humanidad toda, y semilla de mostaza (Mc 4, 30-32) que, aunque pequeña, logra convertirse en un árbol donde los pájaros pueden hacer su nido. En donde haya una persona consagrada, ella ha de convertirse en signo de esperanza de que 'otra humanidad' distinta a la social-

mente comercializada o totalitariamente impuesta, 'es posible'. La religiosa y el religioso han de convertirse en los artífices de ese pequeño espacio en donde lo que acontece puede ser visto con otra luz y las necesidades puedan ser satisfechas de manera distinta, excluyendo la violencia y la indiferencia ante el dolor del otro.

Más que definirse por las grandes instituciones que 'gerencian' el uso eficiente de los recursos que les son asignados, o las glorias de tiempos pasados. Las congregaciones e institutos religiosos deben garantizar que, con la fe puesta en Dios, lo pequeño pueda germinar y fructificar en relaciones auténticas de fraternidad. Así, todos puedan sentirse invitados a participar, no solo como beneficiarios, sino como protagonistas de su propia vida junto a los otros ya sean de la cultura o del país que sean. Esta es la imagen del Reino en las parábolas de Jesús. Reino en el cual la Vida Religiosa está llamada a constituirse como sus ciudadanos, desde ya y hasta la vida eterna en el seno del Padre.

Un encuentro en el camino: Jesús y la Sirofenicia

Como ejemplo de esa invitación de generar la vida fraterna desde lo pequeño, el Evangelio de Lucas nos muestra la escena del encuentro de Jesús con la Sirofenicia (Mc 4, 30-32). En este pasaje, los discípulos al escuchar las quejas de la mujer extranjera le piden a Jesús su intervención, a fin de que su necesidad sea satisfecha. La actitud de Jesús se presenta desconcertante al negar la ayuda, basado en un criterio de exclusión (no es bueno dar el pan de los hijos a los perritos). Sin embargo, el argumento de la Sirofenicia abre a la posibilidad de que, al experimentar su dolor, Jesús sea capaz de salir de sí mismo, de su estructura cultural y religiosa, dando lugar a lo sobreabundante: el milagro de la curación de la hija de la extranjera.

Este encuentro, así descrito en el Evangelio, se convierte en paradigma del modo en cómo quienes quieren seguir a Cristo—incluso siguiendo los consejos evangélicos de pobreza, castidad

y obediencia— han de proceder al momento de encontrarse con el dolor del extranjero o migrante dentro de su propio territorio. No solo en la posibilidad de que, al abrirnos al dolor del otro podamos con nuestros recursos satisfacer las necesidades del migrante, sino que también este encuentro cuestione nuestros criterios, y nos transformen en mejores seres humanos. En efecto, criterios del modo en como vivimos nuestra consagración podrían, como le paso a Jesús, justificar dinámicas de exclusión que deben ser revisadas y corregidas a la luz de este Evangelio, una vez que tengamos esta experiencia de encuentro con nuestras/os hermanas y hermanos migrantes, con quienes, además, compartimos este anhelo por una vida más digna y humana.

La Vida Religiosa y los migrantes forzados hoy: Una coincidencia de horizontes

En efecto, Vida Religiosa y Migrantes forzados están unidos por un mismo impulso del Espíritu, aun cuando éste puede ser vivido de maneras distintas. Ambas ‘comunidades’ están en búsqueda de una ‘humanidad nueva’ en donde la dignidad de todos sea respetada y vivida desde el amor y la

libertad. Cada vez que nos encontramos con los migrantes en el camino, debe primar este horizonte común, ya que desde allí nuestra escucha de sus historias de dolor y desarraigo puede ser ocasión de inicio de una relación que no nazca desde la necesidad y los recursos disponibles, sino desde la humanidad compartida.

Migrantes y Vida Religiosa son dos modos de vivir el ser ‘extranjeros’ en un mundo que deshumaniza y oprime. Ciertamente, esta situación de deshumanización que nos amenaza a todas/os, particularmente a quienes han sido víctimas de la violencia concreta desatada por es dinámica perversa, podrá ser superada y vencida únicamente cuando sepamos compartir cuanto cada uno tiene de humano para darlo a los demás. No desde la lástima sino desde la solidaridad y el encuentro, pues la humanidad se reconstruye desde encuentros auténticamente humanos, entre seres que comparten un mismo horizonte de vida digna para todas/os, más allá de las diferencias culturales y los temores que nos separan.

Consagradas y consagrados tienen mucho que aportar en este sentido. Cada congregación, aten-

diendo al Espíritu que animó la *Perfectae Caritatis*, está llamada a adentrarse en las experiencias fundantes del carisma de su instituto y descubrir ‘a la luz de la fe, las circunstancias del mundo de hoy. Así, abrasados de celo apostólico’ emprender el necesario trabajo de sanación y hospitalidad de lo cual deberíamos ‘dictar catedra’ a ejemplo del Samaritano en el Evangelio de Lucas (25-37). El reto es poner a la disposición recursos y personas para atender este drama humano, recordando que el acompañamiento y la gratuidad son claves para mantener el horizonte de humanidad compartida y de fraternidad, el cual ha sido recientemente resaltado por Papa Francisco en su encíclica *Fratelli Tutti*.

El Papa, en efecto, nos pone la vara aún más alta, pues explícitamente invita, no solo a religiosas/os, sino a todo cristiano a reconocer frente a los migrantes ‘la inalienable dignidad de cada persona humana más allá de su origen, color o religión, y la ley suprema del amor fraterno’². Y continúa señalando:

Nuestros esfuerzos ante las personas migrantes que llegan pueden resumirse en cuatro ver-

² Francisco, *Fratelli Tutti*, 39.

bos: acoger, proteger, promover e integrar. Porque ‘no se trata de dejar caer desde arriba programas de asistencia social sino de recorrer juntos un camino a través de estas cuatro acciones, para construir ciudades y países que, al tiempo que conservan sus respectivas identidades culturales y religiosas, estén abiertos a las diferencias y sepan cómo valorarlas en nombre de la fraternidad humana’³.

Para el Papa Francisco y para todas/os nosotras/os como consagradas y consagrados, los migrantes son nuestras hermanas y hermanos en extrema vulnerabilidad. No estamos para juzgarlos sino para acompañarlos. Ellas y ellos se constituyen en este mundo tan deshumanizado, en una bendición, una riqueza y un nuevo don que invita a la sociedad a crecer⁴. Nuestra respuesta tiene que superar aquella dada por la comunidad internacional y las autoridades de los países de recepción de estas personas. Y aunque esta realidad afecta actualmente a todos los continentes del mundo, es indudable que en América Latina reviste carácter de urgencia, sobre todo ante el éxodo masivo de más de 5 millones de

³ *Ibíd.*, 129.

⁴ *Ibíd.*, 135.

venezolanos que hoy pueblan las principales ciudades del continente. Dado que, están en búsqueda de la dignidad y humanidad que vieron negada y que nosotras/os, como religiosas y religiosos, estamos comprometidos a acompañar

eficazmente en el trabajo por su restablecimiento, impulsados por el Espíritu fraterno de Jesucristo, desde el horizonte común de humanidad compartido con ellas y ellos.